

Temas de Formación sobre la encíclica de Benedicto XVI "Caritas in Veritate"

Material de Formación Complementaria de
Acción Católica General



Diócesis de Toledo

Introducción:

La Acción Católica, como fórmula de apostolado seglar prototipo, pionera y jerárquica, no puede pasar por alto la valiente, incisiva y oportuna Encíclica de nuestro Papa actual, Benedicto XVI, publicada el día de San Pedro y San Pablo del pasado año 2009. Es imperiosa la necesidad de conocer y trabajar este importante documento del Magisterio eclesial por una doble razón: porque somos seculares comprometidos en la misión de la Iglesia y por la aguda realidad de la crisis económica mundial con sus lacerantes consecuencias, tan amplias como negativas, sin que el mundo civilizado quiera afrontar sus injustas causas.

La verdad y la caridad son la clave principal de la vida cristiana. No puede existir ésta sin la aceptación de la fe en el Dios de Jesucristo -única Verdad, eterna Verdad y apasionante Verdad-, ni sin que esta fe se cuaje en la caridad, porque de lo contrario sería una fe muerta, como nos asegura el apóstol Santiago.

Observamos, por el Evangelio, que Jesucristo tiene en su predicación dos ideas principales, que son el eje de su testimonio y de su mensaje: la FE y la CARIDAD. Todas las demás ideas, virtudes, hechos, verdades, enseñanzas, promesas, etc. que Él realiza y enseña nacen, culminan y se relacionan con estas dos ideas colosales. Y lo curioso es que, normalmente, en todo su magisterio, de una u otra manera, todo lo que hace o enseña tiene relación con la fe y la caridad. Lo podemos comprobar en los textos evangélicos. En esta misma línea es interesante tener presente otro matiz: siempre que habla de la fe habla de la caridad, porque es claro que Él no quiere que sus seguidores degeneren en la hipocresía, en la incoherencia, en el engaño ni en ser unos fariseos. Es más, habla más veces de la caridad que de la fe. Por ejemplo, en Mt 25, 31-40 (el juicio definitivo) sólo habla de la caridad; o en Lc 10, 25-37 (el buen samaritano), igualmente sólo habla de la caridad; incluso evidencia la falta de caridad en personas religiosas, como son el sacerdote que "bajaba casualmente por aquel camino y, al verlo, se desvió y pasó de largo" del hombre malherido; o el levita "que pasó por aquel lugar, al verlo, se desvió y pasó de largo". Sabe el Señor que el que ama está en Dios aunque no le conozca, porque busca la verdad, y que de una u otra forma Él se le revelará, porque lo que importa es amar.

No olvidemos que la síntesis de toda la Ley, según lo enseña Jesús, está en la fe, en el amor a Dios, suprema Verdad, y en el amor al prójimo, caridad (Cfr Mt 22, 36-40). También es muy curioso, en este mismo texto, que a Jesús se le pregunta por parte de "un experto de la Ley para ponerlo a prueba" (ya que Jesús enseñaba los dos mandamientos, el amor a Dios y al prójimo) cuál es el mandamiento más importante, es decir, por uno sólo. Jesús le responde con los dos mandamientos, porque en realidad no se pueden separar: "en estos dos mandamientos se basa toda la Ley y los profetas", dice Jesús.

Cuando San Pablo nos habla de la necesidad de crecer en la vida cristiana para que no seamos como niños caprichosos que escogen lo que les place a sus caprichos y que se dejan llevar de cualquier viento de doctrina, enfatiza que debemos vivir la verdad en el amor, y así crecer en todo para parecernos más a Jesucristo (Cf. Ef 4,15). Benedicto XVI lo plantea en su Carta Encíclica como el Maestro, es decir, en sentido inverso: "la caridad en la verdad, porque es igual, se entiende mejor y compromete más".

La propuesta del Papa es que aprendamos las lecciones del siglo XX sobre las pésimas consecuencias del colectivismo y del capitalismo salvaje, para hacer retornar así a la política económica su imprescindible base ética. El anclaje último

en Dios es lo que sostiene toda la Encíclica. Esta es la aportación del Papa teólogo y maestro de teología.

Además de esta centralidad de Dios, el texto de Benedicto XVI tiene un contenido profundamente humano y a la vez tiene un tono radical y exigente para todos. "La crisis –dice– obliga a adoptar nuevos estilos de vida", es decir, no podemos seguir en el despilfarro, en el consumismo, en la injusticia, en el olvido de los demás, en lujos innecesarios, en el relativismo, eliminando a Dios y a los demás de nuestros comportamientos irresponsables.

"La sociedad cada vez más globalizada nos hace más próximos, pero no nos hace más hermanos", asevera el Papa, que, como buen discípulo de San Agustín, no se engaña sobre las capacidades muy limitadas del ser humano en el campo de la justicia y del amor, sin la ayuda de la gracia de Dios. Un mundo sin Dios sólo puede ser un mundo contra el mismo hombre. Por eso el anuncio de Jesucristo (la evangelización y el apostolado) es el primer y principal factor de desarrollo, progreso y convivencia fraterna en paz.

Como el curso anterior, hemos elaborado tres cuestionarios que pueden trabajarse en más de una reunión, según el tiempo que dediquemos. Por supuesto, la Encíclica "Caritas in Veritate" será nuestro fundamento, nuestro chasis y telón de fondo. Este documento tiene 79 puntos, lo cual hace que sea largo, aparte de lo denso que es doctrinalmente. Sería ideal que lo pudiésemos tener todos para conocerlo en su integridad, aunque no es imprescindible para seguir estos temas, porque en cada tema se realiza un resumen doctrinal de la Encíclica y, antes, unas citas doctrinales de la Biblia, del Catecismo de la Iglesia Católica y del Concilio Vaticano II, que no sólo serán la base y la luz de nuestra formación, sino también de nuestra oración. No obstante, no podemos conocer en profundidad el documento si no lo leemos.

Estamos convencidos de que esta Encíclica y los temas que se han elaborado para trabajarla serán de mucha utilidad para conocer el modo cristiano para reaccionar ante el principal problema social que tenemos hoy día: la crisis de verdad y de caridad.

Tema 1:

Desarrollo, Fraternidad y Sociedad Civil

5

TEXTOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL:

Gn 1, 26-31: "Creo, pues, Dios al ser humano a imagen suya"

Salmo 37, 1-40: "los humildes heredarán la tierra"

Is 57, 14-21: La salvación para los débiles

Hch 17, 22-33: Dios a todos da la vida, el aliento y todas las cosas

CONCILIO Y CATECISMO:

Constitución pastoral "*Gaudium et Spes*", sobre la Iglesia en el mundo actual: 4 y 9

Catecismo de la Iglesia Católica: 1700-1709

RESUMEN DOCTRINAL DEL TEMA

- **Los números del 1 al 9** son una introducción preciosa y profunda al tema de la Encíclica "La caridad en la verdad", en la que nos ofrece las siguientes referencias de vida.

El amor ("caritas") es una fuerza extraordinaria que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta. Cada uno encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo plenamente.

La caridad es la clave de la vida cristiana, la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia y la síntesis de toda la Ley (Cf. Mt 22, 36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo. Para la Iglesia, la caridad es todo, es el don más grande que Dios ha dado a los hombres.

Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad.

La verdad abre y une el intelecto de los seres humanos en el logos del amor: éste es el anuncio y el testimonio cristiano de la caridad. En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral.

La caridad es amor recibido y ofrecido. Por eso definimos la caridad como "el amor a los demás que brota del amor de Dios". Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor, por el cual somos recreados. Es el Amor revelado, puesto en práctica por Jesucristo (Cfr Jn 13,1) y "derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Rm 5,5).

"Caritas in Veritate" es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral. Deben recordarse particularmente dos de ellos: la justicia y el bien común.

La caridad va más allá de la justicia. No puedo "dar" al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás es, ante todo, justo con ellos. La justicia es inseparable de la caridad. La justicia es la primera vía de la caridad, su medida mínima. La caridad supera a la justicia y la completa, siguiendo la lógica de la entrega y el perdón. La "ciudad del hombre" no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratitud, de misericordia y de comunión.

Hay que tener también en gran consideración el bien común. Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese "todos nosotros" formados por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. El compromiso por el bien común, cuando está inspirado en la caridad, tiene un valor superior al compromiso meramente secular y político. La caridad contribuye a la edificación de esa "ciudad de Dios" universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana.

El anuncio de Cristo, afirmaba Pablo VI en la Encíclica *Populorum progressio*, es el primer y principal factor de desarrollo, dejándonos la consigna de caminar por la vía del desarrollo con todo nuestro corazón y nuestra inteligencia, es decir, con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad.

El amor en la verdad – Caritas in Veritate- es un gran desafío para la Iglesia en un mundo en progresiva y expansiva globalización. Sólo con la caridad iluminada por la luz de la razón y de la fe es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humanizador. El compartir los bienes y recursos, de lo que proviene el auténtico desarrollo, no se asegura sólo con el compromiso

técnico y con meras relaciones de conveniencia, sino con la fuerza del amor que vence el mal con el bien (cf. Rm 12, 21), y abre la conciencia del ser humano a relaciones recíprocas de libertad y de responsabilidad.

La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer y no pretende mezclarse en la política de los Estados. No obstante, tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación. La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad (cf. Jn 8,32) y de la posibilidad de un desarrollo humano integral.

- **Los números del 10 al 20** de la Encíclica se refieren al mensaje de la "Populorum progressio" del Papa Pablo VI, publicada en 1967, poco después de la conclusión del Concilio Vaticano II. La primera es que toda la Iglesia, en todo su ser y obrar, cuando anuncia, celebra y actúa en la caridad, tiende a promover el desarrollo integral del hombre. La segunda verdad es que el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones. Sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano en este mundo se queda sin aliento.

El hombre no se desarrolla únicamente con sus propias fuerzas, así como no se le puede dar sin más el desarrollo desde fuera. Se cree con frecuencia que la creación de instituciones basta para garantizar a la humanidad el ejercicio del derecho al desarrollo. En realidad, afirma Pablo VI, las instituciones por sí solas no bastan, porque el desarrollo humano integral es, ante todo, vocación. Este desarrollo exige, además, una visión trascendente de la persona: necesita a Dios.

Pablo VI nos ha querido decir, ante todo, que el progreso, en su fuente y en su esencia, es una vocación, lo que equivale a reconocer, por un lado, que éste nace de una llamada trascendente y, por otro, que es incapaz de darse su significado último por sí mismo.

Esta visión del progreso es el corazón de la "Populorum progressio" y motiva todas las reflexiones del Pablo VI sobre la libertad, la verdad y la caridad en el desarrollo. Es también la razón principal por la que aquella Encíclica todavía es actual en nuestros días.

- **Los números 21 al 33** se centran en el desarrollo humano en nuestro tiempo. La síntesis doctrinal de los mismos es la siguiente.

Con el término "desarrollo" Pablo VI quiso indicar ante todo el objetivo de que los pueblos salieran del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y del analfabetismo. El desarrollo económico que Pablo VI deseaba era el que produjera un crecimiento real, extensible a todos y sostenible.

Es cierto que el desarrollo es un factor positivo que saca de la miseria a millones de personas y que, últimamente, ha dado a nuestros países la posibilidad de participar en la política internacional. Sin embargo, este desarrollo económico ha estado –y sigue estando–, aquejado de desviaciones y problemas dramáticos, que la crisis actual ha puesto todavía más de manifiesto. No obstante, esa misma crisis se convierte en ocasión propicia para discernir y proyectar de un modo nuevo. Conviene afrontar las dificultades del presente en esta clave, de manera confiada más que resignada.

La riqueza mundial crece en términos absolutos, pero aumentan también las desigualdades. En países ricos algunas categorías se empobrecen y nacen nuevas pobrezas. En las zonas más pobres, algunos gozan de un tipo de

superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta aún más con las situaciones persistentes de miseria deshumanizadora. Se sigue produciendo el escándalo de las disparidades hirientes.

Lamentablemente hay corrupción e ilegalidad a todos los niveles y falta de respeto a los derechos humanos, las ayudas internacionales se desvían con frecuencia de su finalidad por irresponsabilidades tanto en los donantes como en los beneficiarios.

Hay que subrayar que no basta progresar sólo desde el punto de vista económico y tecnológico. El desarrollo necesita ser, ante todo, auténtico o integral. El hecho de salir del atraso económico, algo en sí mismo positivo, no soluciona la problemática compleja de la promoción del hombre.

Tras el derrumbe de los sistemas económicos y políticos de los países comunistas de Europa Oriental y el fin de los llamados "bloques contrapuestos" hubiera sido necesario un replanteamiento total del desarrollo, como pidió Juan Pablo II, quien, además, indicó que la existencia de estos "bloques" era una de las principales causas del subdesarrollo, pues la política sustraía recursos a la economía y a la cultura, y la ideología inhibía la libertad.

En nuestra época el Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que pone a su soberanía el nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional, caracterizado por una creciente movilidad de los capitales financieros y los medios de producción, materiales e inmateriales. Este nuevo contexto ha modificado el poder político de los Estados.

Desde el punto de vista social, a los sistemas de protección y previsión les cuesta cada día más trabajo lograr sus objetivos de justicia social. Hoy se reduce la seguridad social a cambio de buscar mayores ventajas competitivas en el mercado global, con grave peligro para los derechos de la mayoría. El conjunto de los cambios sociales y económicos hace que las organizaciones sindicales tengan mayores dificultades para desarrollar su tarea de representación de los intereses de los trabajadores. Ya desde la "Rerum Novarum" se invita a dar vida a las asociaciones de trabajadores, para defender sus propios derechos, que hoy son más necesarios que ayer. El primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es el hombre, la persona en su integridad, pues el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social.

En el plano cultural, las posibilidades de interacción entre las culturas han aumentado notablemente, dando lugar a nuevas perspectivas de diálogo intercultural, un diálogo que, para ser eficaz, ha de tener como punto de partida una toma de conciencia de la identidad específica de los diversos interlocutores. Pero no olvidemos que la progresiva mercantilización de los intercambios culturales aumenta hoy un doble riesgo: de un lado, un eclecticismo cultural asumido de manera acrítica, que induce a caer en el relativismo; de otro, el peligro opuesto de rebajar la cultura y homologar los comportamientos y estilos de vida, perdiendo el sentido profundo de la cultura, de las diferentes expresiones, de las tradiciones de los diversos pueblos, en cuyo marco la persona se enfrenta a las cuestiones fundamentales de la existencia. El eclecticismo y el bajo nivel cultural coinciden en separar la cultura de la naturaleza humana.

En muchos países pobres persiste –y amenaza con acentuarse– una extrema inseguridad de vida a causa de la falta de alimentación: el hambre causa todavía muchas víctimas entre tantos Lázarus a los que no se les consiente sentarse a la mesa del rico Epulón. Dar de comer a los hambrientos es un imperativo ético para la Iglesia universal, que responde a las enseñanzas y

mandatos de su fundador, el Señor Jesús, sobre la solidaridad y el compartir. Además, en la era de la globalización, eliminar el hambre en el mundo se ha convertido en una meta para salvaguardar la paz y la estabilidad del planeta. El problema de la inseguridad alimentaria debe ser planteado en una perspectiva de largo plazo, eliminando las causas estructurales que lo provocan y promoviendo el desarrollo agrícola de los países más pobres.

El derecho a la alimentación y al agua tiene un importante papel para conseguir otros derechos, comenzando ante todo por el derecho primario a la vida. Es importante destacar, además, que la vía solidaria hacia el desarrollo de los países pobres puede ser un proyecto de solución de la crisis global actual.

Uno de los aspectos más destacados del desarrollo actual es la importancia del tema del respeto a la vida, que no se puede separar de las cuestiones relacionadas con el desarrollo de los pueblos. Se difunde una mentalidad antinatalista, que se trata de transmitir a otros Estados como si fuera un progreso cultural. La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre.

Otro aspecto de la vida de hoy, estrechamente unido con el desarrollo, es la negación del derecho a la libertad religiosa. No sólo los conflictos y luchas por motivos religiosos, que llevan a matar a otros en el nombre sagrado de Dios, las violencias, el terrorismo, el fanatismo, etc., sino también la promoción programada de la indiferencia religiosa o del ateísmo práctico por parte de muchos países, contrasta con las necesidades del desarrollo de los pueblos, sustrayéndoles bienes espirituales y humanos. Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre.

Cuando el Estado promueve, enseña, patrocina, o incluso impone formas de ateísmo práctico, priva a los ciudadanos de la fuerza moral y espiritual indispensable para comprometerse en el desarrollo humano integral, y les impide avanzar en la respuesta humana al amor divino.

Es necesario que todos los ámbitos del saber humano se pongan en acción para ayudar a la humanidad, descubriendo que toda acción social implica una doctrina. Teniendo en cuenta la complejidad de los problemas, las diferentes disciplinas deben colaborar ordenadamente. La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor. El que está animado de una verdadera caridad es ingenioso para descubrir las causas de la miseria, para encontrar los medios de combatirla, para vencerla con intrepidez.

Las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero el ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor.

La valoración moral y la investigación científica deben crecer juntas, y la caridad ha de animarlas. Las dificultades del diálogo entre las ciencias y la teología no sólo dañan el desarrollo del saber, sino también el desarrollo de los pueblos, pues cuando eso ocurre se obstaculiza la visión de todo el bien del hombre en las diferentes dimensiones que lo caracterizan.

La dignidad de la persona y las exigencias de la justicia requieren, sobre todo hoy, que las opciones económicas no hagan aumentar de manera excesiva y moralmente inaceptable las desigualdades, y que se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos.

El aumento de las desigualdades entre grupos sociales dentro del mismo país y entre las poblaciones de los diferentes países, es decir, el aumento masivo de la pobreza relativa, no sólo tiende a erosionar la cohesión social y, de este modo, a poner en peligro la democracia, sino que tiene también un impacto negativo en el plano económico, por el progresivo desgaste del "capital social", es decir, del conjunto de relaciones de confianza, fiabilidad y respeto de las normas, que son indispensables en toda convivencia.

Más de cuarenta años después de la *Populorum progressio* de Pablo VI, su argumento de fondo, el progreso, sigue siendo aún un problema abierto, que se ha hecho más agudo por la crisis económico-financiera que se está produciendo.

La novedad principal, en este periodo, ha sido el estallido de la interdependencia planetaria, ya comúnmente llamada globalización. Ha sido el motor principal para que regiones enteras superaran el subdesarrollo y es, de por sí, una gran oportunidad. Sin embargo, sin la guía de la caridad en la verdad este impulso planetario puede contribuir a crear riesgo de daños hasta ahora desconocidos y nuevas divisiones en la familia humana. Por eso, la caridad y la verdad nos plantean a todos un compromiso inédito y creativo, muy vasto y complejo. Se trata de ensanchar la razón y de hacerla capaz de conocer y orientar estas nuevas e imponentes dinámicas, animándolas en la perspectiva de esa "civilización del amor", de la cual Dios ha puesto la semilla en cada persona, en cada pueblo y en cada cultura.

PARA EL TRABAJO PERSONAL

ASPECTOS CLAVES DE ESTE TEMA

1. La caridad es la clave de la vida cristiana, la vía maestra de la Doctrina Social de la Iglesia, la síntesis de la Ley de Dios. La caridad es la expresión de Verdad y la sustancia de la relación personal con Dios y con el prójimo.
2. El amor en la verdad –Caritas in Veritate- es el gran desafío para la Iglesia y, por tanto, para cada cristiano, en este mundo globalizado o de interdependencia planetaria. El compartir los bienes y recursos no se asegura sólo con el compromiso técnico y de relaciones sociales, sino con la fuerza del amor que vence el mal con el bien.
3. El respeto a la vida, en todas sus dimensiones, y la superación de la mentalidad antinatalista, del aborto, del control demográfico, de la eutanasia, del abandono de ancianos... no se pueden separar del desarrollo de los pueblos; suponen, cuando se aceptan, una pobreza mental extrema y un subdesarrollo grave. La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo.

VER:

1. (Personal) ¿Descubres que tu vivencia cristiana está, principalmente, apoyada en esas dos columnas que sostienen la identidad cristiana, que son la Fe y la Caridad, que a la vez son la fuente de las demás prerrogativas y dulces exigencias de nuestro desarrollo como creyentes? Explica tu experiencia o tus reparos.
2. (Comunitario) ¿Ves en los demás miembros de la Iglesia que son conscientes y coherentes de vivir en la Verdad (la fe en Dios) y en la Caridad (mandamiento supremo del Señor)? Expón algún hecho de vida relacionado con esta pregunta.

JUZGAR:

1. En Jn 1, 12-14, el Evangelio afirma que a los que creen, por la fe en Jesucristo, Dios les da poder para ser sus hijos. ¿Cómo entiendes y vives esta gozosa verdad? Manifiesta algún aspecto de esta hermosa realidad que vives, o tus dificultades, como el por qué de tus fallos o de tu crecimiento en la fe.

2. En nuestra Iglesia, comunidades y en los católicos que tú conoces ¿prevalece conocer, vivir y testimoniar la Verdad? Coteja las palabras de Jesús en Jn 8, 31-32 y responde con algún hecho o ejemplo.

ACTUAR:

1.
 - a. Comprométete con alguna actividad personal que puede fortalecer tu fe y tu caridad. Por ejemplo, con algún rato de oración, de lectura de la Biblia, de recepción de la Eucaristía o de visita a algún pobre, necesitado, enfermo o personas con problemas...
 - b. Cualquier actividad apostólica, cualquier reunión, el hecho de hablar con alguien, la visión del trabajo profesional con sentido cristiano, la atención de las obligaciones familiares o sociales, te fortalecen y estimulan en la fe, en la caridad y en la verdad. Determina algo que puedas y debas hacer y comunícalo en el grupo.
2.
 - a. Ofrécete para algún trabajo apostólico en la Acción Católica, o para ayudar a alguien que lo necesita, o para dialogar con otras personas, sean de tu entorno familiar o de tu ambiente, sobre estas realidades magníficas de nuestra fe y de la caridad en la verdad.
 - b. Lee algunos números de la encíclica que estamos estudiando –Caritas in Veritate– y, si lo necesitas, pide la ayuda de algún sacerdote o seglar para que te aclare algo que no puedas entender.

Tema 2:

Sociedad Civil, Derechos y Deberes, Ambiente

13

TEXTOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL:

Tob 4, 5-11: "Acuérdate, hijo, del Señor todos los días"

Jr 9, 22-23: La verdadera sabiduría

Salmo 146, 1-10: "Feliz quien se apoya en el Dios de Jacob"

Si 4, 20-31: "Lucha por la verdad hasta la muerte"

Jn 3, 16-21: "Pero el que obra la verdad, va a la luz"

Rom 12, 9-21: Caridad con todos los hombres, aunque sean enemigos

CONCILIO Y CATECISMO:

Constitución pastoral "Gaudium et Spes", sobre la Iglesia en el mundo actual: 24, 26, 27 y 28

Catecismo de la Iglesia Católica: 1730-1740

RESUMEN DOCTRINAL DEL TEMA

- La *caridad en la verdad* pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don. La gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque pase desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad. El ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción que procede del *pecado de los orígenes*.

La exigencia de la economía de ser autónoma, de no estar sujeta a "injerencias" de carácter moral, ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos, incluso de manera destructiva. Estas posturas han desembocado en sistemas económicos sociales y políticos que han tiranizado la libertad de la persona y de los organismos sociales y que, precisamente por eso, no han sido capaces de asegurar la justicia que prometían.

La esperanza sostiene a la razón y le da fuerza para orientar la voluntad. Está ya presente en la fe, que la suscita. La caridad en la verdad se nutre de ella y, al mismo tiempo, la manifiesta. Al ser un don absolutamente gratuito de Dios, irrumpe en nuestra vida como algo que no es debido, que trasciende toda ley de justicia. Por su naturaleza, el don supera el mérito, su norma es sobreabundar. Nos precede en nuestra propia alma como signo de la presencia de Dios con nosotros y de sus expectativas para con nosotros.

La unidad del género humano, la comunión fraterna más allá de toda división, nace de la palabra de Dios-Amor que nos convoca. Al afrontar esta cuestión decisiva, hemos de precisar, por un lado, que la lógica del don no excluye la justicia ni se yuxtapone a ella como un añadido externo en un segundo momento y, por otro, que el desarrollo económico, social y político necesita, si quiere ser auténticamente humano, dar espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad.

Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica. Hoy, precisamente, esta confianza ha fallado, y esta pérdida de confianza es algo realmente grave.

La actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la lógica mercantil. Debe estar ordenada a la consecución del bien común.

- La Iglesia sostiene siempre que la actividad económica no debe considerarse antisocial. Por eso, el mercado no es ni debe convertirse en el ámbito donde el más fuerte avasalle al más débil. La sociedad no debe protegerse del mercado, pensando que su desarrollo comporta la muerte de las relaciones auténticamente humanas. Es verdad que el mercado puede orientarse en sentido negativo, pero no por su propia naturaleza, sino por una cierta ideología que lo guía en este sentido. Por eso, no se deben hacer reproches al medio o instrumento sino al hombre, a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social.

El sector económico no es éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente.

El gran desafío que tenemos planteado es mostrar que en las relaciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don pueden y deben tener espacio en la actividad económica ordinaria.

- La doctrina social de la Iglesia ha sostenido siempre que la justicia afecta a todas las fases de la actividad económica, porque en todo momento tiene que ver con el hombre y sus derechos. La obtención de recursos, la financiación, la producción, el consumo y todas las fases del proceso económico tienen ineludiblemente implicaciones morales. Las normas de justicia deben ser respetadas desde el principio y durante el proceso económico, y no sólo después o colateralmente. Para eso es necesario que en el mercado se dé cabida a actividades económicas de sujetos que optan libremente por ejercer su gestión movidos por principios distintos del mero beneficio, sin renunciar por ello a producir valor económico. Muchos

planteamientos económicos provenientes de iniciativas religiosas y laicas demuestran que esto es realmente posible.

- En la época de la globalización, la actividad económica no puede prescindir de la gratuidad, que fomenta y extiende la solidaridad y la responsabilidad por la justicia y el bien común en sus diversas instancias y agentes. Se trata, en definitiva, de una forma concreta y profunda de democracia económica. La solidaridad es, en primer lugar, que todos se sientan responsables de todos, por tanto no se la puede dejar solamente en manos del Estado. La caridad en la verdad significa la necesidad de dar forma y organización a las iniciativas económicas que, sin renunciar al beneficio, quieren ir más allá de la lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo.

- La victoria sobre el subdesarrollo requiere actuar no sólo en la mejora de las transacciones basadas en la compraventa, o en las transferencias de las estructuras asistenciales de carácter público, sino sobre todo en la apertura progresista en el contexto mundial a formas de actividad económica caracterizada por ciertos márgenes de gratuidad y comunión. El binomio exclusivo mercado-Estado corroe la sociabilidad, mientras que las formas de economía solidaria, que encuentran su mejor terreno en la sociedad civil aunque no se reducen a ella, crean sociabilidad. El mercado de la gratuidad no existe y las actitudes gratuitas no se pueden prescribir por ley. Sin embargo, tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco.

- Las actuales dinámicas económicas internacionales requieren cambios profundos en el modo de entender la empresa. Uno de los mayores riesgos es que la empresa responda casi exclusivamente a las expectativas de los inversores en detrimento de su dimensión social. Sin embargo, se está extendiendo la conciencia de la necesidad de una "responsabilidad social" más amplia de la empresa. Aunque no todos los planteamientos éticos que guían hoy el debate sobre la responsabilidad social de la empresa son aceptables, según la perspectiva de la doctrina social de la Iglesia, es cierto que se va difundiendo cada vez más la convicción según la cuál la gestión de la empresa no puede tener en cuenta únicamente el interés de sus propietarios, sino también el de todos los otros sujetos que contribuyen a la vida de la empresa: trabajadores, clientes, proveedores de los diversos elementos de producción, la comunidad de referencia.

Juan Pablo II advertía que invertir siempre tiene un significado moral, además de económico.

- Se ha de evitar que el empleo de recursos financieros esté motivado por la especulación y ceda a la tentación de buscar únicamente un beneficio inmediato, en vez de la sostenibilidad de la empresa a largo plazo, su propio servicio a la economía real y la promoción, en modo adecuado y oportuno, de iniciativas económicas también en los países necesitados de desarrollo. El trabajo y los conocimientos técnicos son una necesidad universal.

- Es bueno que todo trabajador tenga la posibilidad de dar la propia aportación a su labor, de modo que él mismo sea consciente de que está trabajando en algo propio. Por eso Pablo VI enseñaba que "todo trabajador es un creador". Es así, porque el sentido cristiano del trabajo nos descubre que, en nuestros propios trabajos, somos colaboradores de Dios en su obra creadora; además el trabajo es un medio redentor, por el sacrificio, la disciplina, la preparación y la obediencia que supone. También es un medio de santificación, porque estamos cumpliendo la voluntad de Dios, ejercitando nuestras facultades, la caridad universal y el bien común y por medio del trabajo Dios nos modela y santifica con su gracia. Y por

supuesto ennoblece nuestra dignidad, al ser el medio de nuestro sustento y el de nuestra familia, dándonos posibilidad de hacer el bien a los demás.

- A veces se perciben actitudes fatalistas ante la globalización, como si las dinámicas que la producen procedieran de fuerzas anónimas e impersonales o de estructuras independientes de la voluntad humana. La globalización ha de entenderse como un proceso socio-económico, pero no es ésta su única dimensión. Tras este proceso más visible hay realmente una humanidad cada vez más interrelacionada; hay personas y pueblos para los que el proceso debe ser de utilidad y desarrollo, gracias a que tanto los individuos como la colectividad asumen sus respectivas responsabilidades. La superación de las fronteras no es sólo un hecho material, sino también cultural, en sus causas y en sus efectos. La verdad de la globalización como proceso y su criterio ético fundamental vienen dados por la unidad de la familia humana y su crecimiento en el bien, que debe estar abierta a la trascendencia, del proceso de integración humana.

La globalización no es, a priori, buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella. Debemos ser todos sus protagonistas, no las víctimas, procediendo razonablemente y guiados por la caridad y por la verdad. Ofrece la posibilidad de una gran redistribución de la riqueza a escala planetaria como nunca se ha visto antes; pero si se gestiona mal, puede incrementar la pobreza y la desigualdad, contagiando además con una crisis a todo el mundo. Por tanto, la difusión de ámbitos de bienestar en el mundo no se debería obstaculizar con proyectos egoístas, proteccionistas o dictados por intereses particulares. La globalización es un fenómeno multidimensional y polivalente, que exige ser comprendido en la diversidad y en la unidad de todas sus dimensiones, incluida la teológica. Esto permitirá vivir y orientar la globalización de la humanidad en términos de relación, comunión y participación.

- La solidaridad universal, que es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber. En la actualidad, muchos pretenden pensar que no deben nada a nadie, si no es a sí mismos. Piensan que sólo son titulares de derechos y no de deberes. Es urgente una nueva reflexión sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales éstos se convierten en algo arbitrario.

Hoy se da una profunda contradicción. Mientras, por un lado, se reivindican presuntos derechos, de carácter arbitrario, con la pretensión de que las estructuras públicas los reconozcan y los promuevan, por otro, hay derechos elementales y fundamentales que se ignoran y violan en gran parte de la humanidad. Los derechos individuales desvinculados de un conjunto de deberes que les dé un sentido profundo, se desquician y dan lugar a una espiral de exigencias prácticamente ilimitadas y carentes de criterios. **La exacerbación de los derechos conduce al olvido de los deberes.** Los deberes delimitan los derechos porque remiten a un marco antropológico y ético en cuya verdad se insertan también los derechos y así dejan de ser arbitrarios. Por este motivo, los deberes refuerzan los derechos y reclaman que se les defiendan y promuevan como un compromiso al servicio del bien. En cambio, si los derechos del hombre se fundamentan sólo en las deliberaciones de una asamblea de ciudadanos, pueden ser cambiados en cualquier momento y, consiguientemente, se relaja en la conciencia común el deber de respetarlos y tratar de conseguirlos. Cuando esto sucede, se pone en peligro el verdadero desarrollo de los pueblos. Compartir los deberes recíprocos moviliza mucho más que la mera reivindicación de derechos.

El crecimiento demográfico es un aspecto muy importante del verdadero desarrollo, porque afecta a los valores irrenunciables de la vida y de la familia. No es correcto considerar el aumento de población como la primera causa del subdesarrollo, incluso desde el punto de vista económico: baste pensar, por un

lado, en la notable disminución de la mortalidad infantil y el aumento de la edad media que se produce en los países desarrollados y, por otra, en los signos de crisis que se perciben en las sociedades en las que se constata una preocupante disminución de la natalidad. Obviamente se ha de seguir prestando la debida atención a una procreación responsable que, además, es una contribución efectiva al desarrollo humano integral. La Iglesia, que se interesa por el verdadero desarrollo del hombre, exhorta a éste a que respete los valores humanos, también en el ejercicio de la sexualidad: ésta no puede quedar reducida a un mero hecho hedonista y lúdico, del mismo modo que la educación sexual no se puede limitar a una instrucción técnica, con la única preocupación de proteger del contagio o del "riesgo" de procrear. Esto es empobrecer y descuidar el significado profundo de la sexualidad, que debe ser reconocido y asumido con responsabilidad por la persona y la comunidad.

La apertura moralmente responsable a la vida es una riqueza social y económica. Grandes naciones han podido salir de la miseria gracias también al gran número y a la capacidad de sus habitantes. Al contrario, naciones en un tiempo florecientes pasan ahora por una fase de bajo índice de natalidad, un problema crucial para las sociedades de mayor bienestar. La disminución de los nacimientos, a veces por debajo del llamado "índice de reemplazo generacional", pone en crisis incluso a los sistemas de asistencia social, aumenta los costes, merma la reserva del ahorro y, consiguientemente, los recursos financieros necesarios para las inversiones, reduce la disponibilidad de trabajadores cualificados y disminuye la reserva de "cerebros" a los que recurrir para las necesidades de la nación. Son situaciones que presentan síntomas de escasa confianza en el futuro y de fatiga moral. Por eso, se convierte en una necesidad social, e incluso económica, seguir proponiendo a las nuevas generaciones la hermosura de la familia y del matrimonio, su sintonía con las exigencias más profundas del corazón y de la dignidad de la persona

No olvidemos que responder a las exigencias morales más profundas de la persona tiene también importantes efectos beneficiosos en el plano económico. La economía tiene necesidad de la ética por su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona. Se nota un cierto abuso del adjetivo "ético" que, usado de manera genérica, puede abarcar también contenidos completamente distintos, hasta el punto de hacer pasar por éticas decisiones y opciones contrarias a la justicia y al verdadero bien del hombre. Conviene esforzarse no sólo para que surjan sectores "éticos" de la economía o de las finanzas, sino para que toda la economía y las finanzas sean éticas y lo sean no por una etiqueta externa, sino por el respeto de exigencias intrínsecas de su propia naturaleza.

Respecto al tema de la relación entre ética y empresa, ha ido surgiendo una amplia zona intermedia entre empresas destinadas al beneficio y organizaciones sin ánimo de lucro. Esa zona intermedia está compuesta por empresas tradicionales que, sin embargo, suscriben pactos de ayuda a países atrasados, por fundaciones, por grupos de empresas que tienen objetivos de utilidad social. No se trata sólo de un "tercer sector", son de una nueva y amplia realidad compuesta, que implica al sector público y privado y que no excluye el beneficio, pero lo considera instrumento para objetivos humanos y sociales. La misma pluralidad de las formas institucionales de empresa es lo que promueve un mercado más cívico y al mismo tiempo más competitivo.

En las iniciativas para el desarrollo debe quedar a salvo el principio de la centralidad de la persona humana, que es quien debe asumir en primer lugar el deber del desarrollo.

La cooperación internacional necesita personas que participen en el proceso del desarrollo económico y humano, mediante la solidaridad de la presencia, el acompañamiento, la formación y el respeto. Los propios organismos internacionales deberían preguntarse sobre la eficacia real de sus aparatos burocráticos y administrativos, frecuentemente demasiado costosos. A veces, el destinatario de las ayudas resulta útil para quien lo ayuda y, así, los pobres sirven para mantener costosos organismos burocráticos, que destina a la propia conservación un porcentaje demasiado elevado de esos recursos que deberían ser destinados al desarrollo. A este respecto, cabría desear que los organismos internacionales y las organizaciones no gubernamentales (ONGs) se esforzaran por una transparencia total, informando a los donantes y a la opinión pública sobre la proporción de los fondos recibidos que se destina a programas de cooperación, sobre el verdadero contenido de dichos programas y, en fin, sobre la distribución de los gastos de la institución misma.

- El tema del desarrollo está muy unido hoy a los deberes que nacen de la relación del hombre con el ambiente natural. Éste es un don de Dios para todos, y su uso representa para nosotros una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad. Cuando se considera la naturaleza y, especialmente, al ser humano fruto del azar o del determinismo evolutivo, disminuye el sentido de la responsabilidad en las conciencias. El creyente reconoce en la naturaleza el maravilloso resultado de la intervención creadora de Dios. Si se desvanece esta visión, se acaba por considerar la naturaleza como un tabú intocable o, al contrario, por abusar de ella. Ambas posturas no son conformes con la visión cristiana de la naturaleza, fruto de la creación de Dios.

La naturaleza es expresión de un proyecto de amor y de verdad. Ella nos precede y nos ha sido dada por Dios como ámbito de vida. Nos habla del Creador y de su amor a la humanidad. Está destinada a encontrar la "plenitud" en Cristo al final de los tiempos. La naturaleza está a nuestra disposición como un don del Creador. Pero se ha de subrayar que es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma. Como también lo es la postura contraria, es decir, la que mira a su completa tecnificación, porque el ambiente natural no es sólo materia disponible a nuestro gusto, sino obra admirable del Creador.

- Hoy, las cuestiones relacionadas con el cuidado y salvaguarda del ambiente han de tener debidamente en cuenta los problemas energéticos. El acaparamiento por parte de algunos estados, grupos de poder y empresas de recursos energéticos no renovables, es un grave obstáculo para el desarrollo de los países pobres. Éstos no tienen medios económicos ni para acceder a las fuentes energéticas renovables ya existentes ni para financiar la búsqueda de fuentes nuevas y alternativas. La acumulación de recursos naturales, que en muchos casos se encuentran precisamente en países pobres, causa explotación y conflictos frecuentes entre las naciones y en su interior. En este sentido, hay también una urgente necesidad moral de una renovada solidaridad, especialmente en las relaciones entre países en vías de desarrollo y países altamente industrializados. Es necesaria una redistribución planetaria de los recursos energéticos de manera que también los países que no los tienen puedan acceder a ellos.
- Es lícito que el hombre gobierne responsablemente la naturaleza para custodiarla, hacerla productiva y cultivarla, también a través de métodos nuevos y tecnologías avanzadas, de modo que pueda acoger y alimentar dignamente a la población que la habita. En nuestra tierra hay lugar para todos: en ella toda la familia humana debe encontrar los recursos para vivir dignamente, con la ayuda de la naturaleza misma, don de Dios a sus hijos, con el tesón del propio trabajo y de la propia inventiva. Debemos considerar un deber muy grave el dejar la tierra a las

nuevas generaciones en un estado en que puedan habitarla dignamente y seguir cultivándola. La protección del entorno, de los recursos y del clima requiere que todos los responsables internacionales actúen conjuntamente y demuestren prontitud para obrar de buena fe, en el respeto de la ley y la solidaridad con las regiones más débiles del planeta.

- El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo y viceversa. Debemos revisar nuestro estilo de vida que en muchas partes del mundo tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ellos se derivan. Es necesario un cambio efectivo de mentalidad que nos lleve a adoptar nuevos estilos de vida, a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones.

Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales e insatisfacción en las relaciones sociales.

La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y la debe hacer valer en público. Y, al hacerlo, no sólo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos. Debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es necesario que exista una especie de ecología del hombre bien entendida.

Cuando se respeta la "ecología humana" en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia. Así como las virtudes humanas están interrelacionadas, de modo que el debilitamiento de una pone en peligro también a las otras, así también el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza.

Para salvaguardar la naturaleza no basta con intervenir con incentivos o desincentivos económicos. Estos son instrumentos importantes, pero el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana, y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismos. El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, como en las relaciones sociales; en una palabra, en todo lo que concierne al desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros.

- La verdad, y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pueden acoger. Su última fuente no es, ni puede ser, el hombre, sino Dios, es decir, Aquél que es Verdad y Amor. Este principio es muy importante para la sociedad y para el desarrollo, en cuanto que ni la Verdad ni el Amor pueden ser sólo productos humanos; la vocación misma al desarrollo de las personas y de los pueblos no se fundamenta en una simple deliberación humana, sino que está inserta en un plano que nos precede y que para todos nosotros es un deber que ha de ser acogido libremente. Lo que nos precede y constituye –el Amor y la Verdad subsistentes– nos indican qué es el bien y en qué consiste nuestra felicidad. Nos señala así el camino hacia el verdadero desarrollo.

PARA EL TRABAJO PERSONAL

ASPECTOS CLAVES DE ESTE TEMA

21

1. La caridad en la verdad pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don que continuamente recibimos. El ser humano está hecho para el don, que manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. El hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad, fruto de la cerrazón egoísta en que vivimos.
2. La esperanza sostiene a la razón y le da fuerza para orientar la voluntad con acierto. La esperanza nace de la fe; sin fe no puede existir, a no ser como optimismo natural y material, que poco tiene que ver con la esperanza cristiana, que se apoya en Dios y en sus promesas, tiene como motivación a Jesucristo y la esperanza de la vida eterna. Por eso es una virtud teologal.

La caridad en la Verdad se nutre de esta esperanza y, al mismo tiempo, la manifiesta.

3. La victoria sobre el desarrollo requiere actuar no sólo en la mejora de las transacciones basadas en la compraventa, o en las transferencias de las estructuras asistenciales de carácter público, sino sobre todo en la apertura progresiva en el contexto mundial a formas de actividad económica caracterizada por ciertos márgenes de gratitud y comunión. Las actitudes de gratuidad no se pueden prescribir por ley. Tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco.
4. La globalización no es buena ni mala; será lo que la gente haga de ella. Todos debemos ser protagonistas, no las víctimas, procediendo razonablemente, guiados por la caridad y por la verdad. La solidaridad universal –que es un hecho y un beneficio para todos–, es también un deber. Hoy muchos piensan que no deben nada a nadie, si no es a sí mismos, piensan que sólo son titulares de derechos y no de deberes. Hay que reflexionar sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales éstos se convierten en algo arbitrario.

No es correcto considerar el aumento de población como la primera causa del subdesarrollo. La apertura, moralmente responsable, a la vida es una gran riqueza social y económica.

VER:

1. (Personal) ¿Descubres en tu vivencia cristiana que la esperanza envuelve tu vida, e impide que prevalezca en ti el pesimismo, lo negativo, la tristeza, los juicios despiadados y destructivos? Señala tu apreciación al respecto. ¿Eres consciente de que las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) son la clave, la razón y la finalidad de nuestra religión y de la vida de todo cristiano? Indica cómo lo vives tú.

2. (Comunitario) ¿Observas en tu ambiente si las personas tienen conciencia de trabajar por el bien común, por la solidaridad y el progreso de todos en este mundo globalizado en que vivimos? ¿Prevalece el egoísmo, el desinterés, el pasotismo, el reclamar derechos sin plantearse los deberes, el desinterés por la naturaleza, por la vida, por los necesitados, por el orden, el respeto y la paz?

JUZGAR:

1. A la luz de Romanos 8, 18-25, reflexiona y comunica a los demás si tú intentas vivir esta esperanza cristiana, fundamentarla cada día y contagiarla a los demás.

¿Apoyas tu fe, esperanza y caridad en Jesucristo? Relee Juan 15, 1-8 y manifiesta cómo la entiendes y lo vives.

2. En el compromiso que todo creyente debe tener en el mundo, en la familia, trabajo, ambiente, relaciones sociales, en la economía, cultura, educación, política, etc., ¿juzgas que hay sensibilidad por el bien común, porque prevalezca la verdad, por ayudar a los más débiles, por la justicia, por el desarrollo integral, la responsabilidad y la integridad? ¿Por qué?

ACTUAR:

1. Plántate que el talante de tu vida cristiana sea de esperanza y, por tanto, de persona de fe y caridad, con ilusión, confianza y valentía, porque sabemos que "para Dios nada hay imposible". Haz por ayudar, en lo que puedas, a personas cercanas o no a ti, para infundirles la esperanza que tengan perdida o quebrada, por su carácter, por enfermedad u otros problemas, escándalo, pesimismo, etc..
2. Concreta alguna colaboración con entidades, programas u objetivos que trabajen por el desarrollo integral, por los pobres, por el bien común, por el apostolado, por la formación, etc...

Haz esta semana una visita a alguien que tu pienses que lo necesita, por la razón que sea; verás cómo te ejercitas en las buenas obras y, al mismo tiempo, te ayudas a ti mismo.

Tema 3:

La Familia Humana, el Desarrollo de los Pueblos y la Técnica

23

TEXTOS PARA LA ORACIÓN PERSONAL:

Dt 10, 12, 22: Exigencias de la Alianza
Jr 18, 21-32: Necesidad de la conversión
Sal 58, 1-12: Hay un Dios que hace justicia
Prov 3, 27-35: Las relaciones sociales
Jn 17, 15-20: No los saques del mundo
Sant 2, 1-12: La fe frente a la discriminación

CONCILIO Y CATECISMO:

**Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual:
33, 34 y 43**
Catecismo de la Iglesia Católica: 1908, 1942, 2426 Y 2438

RESUMEN DOCTRINAL DEL TEMA

- Una de las pobrezas más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente también las otras pobrezas, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados, o de la dificultad de amar.
- El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas.

- El desarrollo de los pueblos depende sobre todo de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto a otro.

- La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se relaciona en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal. El hombre se valoriza no aislándose, sino poniéndose en relación con los otros y con Dios. Por tanto, la importancia de dichas relaciones es fundamental.

- De la misma manera que la comunidad familiar no anula en su seno a las personas que la componen, y la Iglesia misma valora plenamente la "criatura nueva", que por el bautismo se inserta en su Cuerpo vivo, así también la unidad de la familia humana no anula de por sí a las personas, los pueblos o las culturas, sino que las hace más transparentes las unas con las otras, más unidas en su legítima diversidad.

- El mundo de hoy está siendo atravesado por algunas culturas de trasfondo religioso, que no llevan al hombre a la comunión, sino que lo aíslan en la búsqueda del bienestar individual, limitándose a gratificar las expectativas psicológicas. También una cierta proliferación de itinerarios religiosos de pequeños grupos, e incluso de personas individuales, así como el sincretismo religioso, pueden ser factores de dispersión y de falta de compromiso. Un efecto negativo del proceso de globalización es la tendencia a favorecer dicho sincretismo, alimentando formas de "religión" que alejan a las personas unas de otras, en vez de hacer que se encuentren, y las apartan de la realidad.

- La libertad religiosa no significa indiferentismo religioso y no comporta que todas las religiones son iguales. El discernimiento sobre la contribución de las culturas y religiones es necesario para la construcción de la comunidad social en el respeto del bien común.

- La religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir al desarrollo solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política.

- En el laicismo y en el fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa. La razón necesita siempre ser purificada por la fe, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. A su vez, la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón para mostrar su auténtico rostro humano.

- El diálogo fecundo entre fe y razón hace más eficaz el ejercicio de la caridad en el ámbito social, y es el marco más apropiado para promover la colaboración fraterna entre creyentes y no creyentes, en la perspectiva compartida de trabajar por la justicia y la paz de la humanidad.

- La subsidiariedad, al reconocer que la reciprocidad forma parte de la constitución íntima del ser humano, es el antídoto más eficaz contra cualquier forma de asistencialismo paternalista.

- Para no abrir la puerta a un peligroso poder universal de tipo monocromático, el gobierno de la globalización debe ser de tipo subsidiario, articulado en múltiples niveles y planos diversos que colaboren recíprocamente.

- El principio de subsidiariedad debe mantenerse íntimamente unido al principio de la solidaridad, y viceversa, porque así como la subsidiariedad sin la solidaridad desemboca en el particularismo social, también es cierto que la solidaridad sin la subsidiariedad acabaría en el asistencialismo que humilla al necesitado.

- La cooperación para el desarrollo no debe contemplar solamente la dimensión económica; ha de ser una gran ocasión para el encuentro cultural y humano.

- Otro aspecto digno de atención, hablando del desarrollo humano integral, es el fenómeno de las migraciones. Impresiona por sus grandes dimensiones, por los problemas sociales, económicos y políticos, culturales y religiosos que suscita, y por los dramáticos desafíos que plantea a las comunidades nacionales y en la comunidad internacional. Requiere una fuerte y clarividente política de cooperación internacional para afrontarlo debidamente, colaborando entre los países de procedencia y de destino de los emigrantes, en normas internacionales. Todos podemos ver el sufrimiento, el disgusto y las aspiraciones que conllevan los flujos migratorios.

- Al considerar los problemas del desarrollo, se ha de resaltar relación entre pobreza y desocupación. Los pobres son en muchos casos el resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano, bien porque se limitan sus posibilidades (desocupación, subocupación), bien porque se devalúan los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia.

- Las organizaciones sindicales están llamadas a hacerse cargo de los nuevos problemas de nuestra sociedad, superando las limitaciones propias de los sindicatos de clase. El contexto global en el que se desarrolla el trabajo requiere igualmente que las organizaciones sindicales nacionales, ceñidas sobre todo a la defensa de los intereses de sus afiliados, vuelvan su mirada también hacia los no afiliados y, en particular, hacia los trabajadores de los países en vías de desarrollo, donde tantas veces se violan los derechos sociales. Sigue siendo válida la tradicional enseñanza de la Iglesia, que propone la distinción de papeles y funciones entre sindicatos y política. Esta distinción permitirá a los sindicatos encontrar en la sociedad civil el ámbito más adecuado para su necesaria actuación en defensa y promoción del mundo del trabajo, sobre todo a favor de los trabajadores explotados y no representados, cuya amarga condición pasa desapercibida tantas veces ante los ojos distraídos de la sociedad.

- También en el campo de las compras, precisamente en momentos como los que se están viviendo, en los que el poder adquisitivo puede verse reducido y se debiera consumir con mayor sobriedad, es necesario abrir otras vías como, por ejemplo, formas de cooperación para las adquisiciones, como ocurre con las cooperativas de consumo, que existen desde el siglo XIX, gracias también a la iniciativa de los católicos.

- Ante el imparable aumento de la interdependencia mundial, y también en presencia de una recesión de alcance global, se siente mucho la urgencia de la reforma tanto de la Organización de las Naciones Unidas como de la arquitectura económica y financiera internacional, para que se dé una concreción real al concepto de familia de naciones. Y se siente la urgencia de encontrar formas innovadoras para poner en práctica el principio de la responsabilidad de proteger y dar también voz eficaz en las decisiones comunes a las naciones más pobres.

- El tema del desarrollo de los pueblos está íntimamente unido al del desarrollo de cada hombre. La persona humana tiende por propia naturaleza a su propio desarrollo. Este no está garantizado por una serie de mecanismos naturales, sino que cada uno de nosotros es consciente de su capacidad de decidir libre y responsablemente. El desarrollo de la persona se degrada cuando esta pretende ser la única creadora de sí misma. Del mismo modo el desarrollo de los pueblos se degrada cuando la humanidad piensa que puede recrearse utilizando los "prodigios" de la tecnología.

- El problema del desarrollo en la actualidad está estrechamente unido al progreso tecnológico y a sus aplicaciones deslumbrantes en el campo biológico. La técnica es un hecho profundamente humano vinculado a la autonomía y libertad del hombre. En la técnica se manifiesta y conforma el dominio del espíritu sobre la materia. La técnica permite dominar la materia, reducir los riesgos, ahorrar esfuerzos, mejorar las condiciones de vida. La técnica por lo tanto se inserta en el mandato de cultivar y custodiar la tierra (cf. Gn 2, 15). La clave del desarrollo está en una inteligencia capaz de entender la técnica y de captar el significado plenamente humano del quehacer del hombre, según el horizonte de sentido de la persona considerada en la globalidad de su ser.

- El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común. Son imprescindibles tanto la competencia o preparación profesional como la coherencia moral. Igualmente la paz, no es sólo producto de la técnica, sino que, precisamente, se apoye y mantenga en valores fundamentados en la verdad de la vida, unido al esfuerzo anónimo de tantas personas que trabajan por fomentar las relaciones, el diálogo, el encuentro, el desarrollo partiendo del amor y de la comprensión recíproca.

- No olvidemos que el desarrollo tecnológico está muy relacionado con la influencia, cada vez mayor, de los medios de comunicación social. Es casi imposible imaginar ya la existencia de la familia humana sin su presencia. Los medios pueden ofrecer una valiosa ayuda al aumento de la comunicación en la familia humana y al bien de toda la sociedad, cuando se convierten en instrumentos que promueven la participación universal en la búsqueda común de lo que es justo.

- En la actualidad la bioética es un campo prioritario y crucial en la lucha cultural entre el absolutismo de la técnica y la responsabilidad moral, y en el que está en juego la posibilidad de un desarrollo humano integral.

- La cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica, en el sentido de que implica no sólo el modo mismo de concebir, sino también de manipular la vida, cada día más expuesta por la biotecnología a la intervención del hombre. Dios revela el hombre al hombre; la razón y la fe colaboran a la hora de mostrarle el bien, con tal que lo quiera ver; la ley natural, en la que brilla la Razón creadora, indica la grandeza del hombre, pero también su miseria, cuando desconoce el reclamo de la verdad moral.

- El desarrollo debe abarcar, además de un proceso material, uno espiritual, porque el hombre es uno en cuerpo y alma, nacido del amor creador de Dios y destinado a vivir eternamente. El ser humano se desarrolla cuando crece espiritualmente, cuando su alma se conoce a sí misma y la verdad que Dios ha impreso germinalmente en ella, cuando dialoga consigo mismo y con su Creador. Lejos de Dios, el hombre está inquieto y se hace frágil. La alienación social y psicológica, y las numerosas neurosis que caracterizan a las sociedades opulentas, remiten también a este tipo de causas espirituales. Una sociedad de bienestar materialmente desarrollada, pero que oprime el alma, no está en sí misma bien

orientada hacia un auténtico desarrollo. Las nuevas formas de esclavitud (droga, sexo, alcohol...) y la desesperación en la que caen tantas personas, tienen una explicación no sólo sociológica o psicológica, sino esencialmente espiritual.

- Sin Dios el hombre no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es. Jesús nos dice: "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5), y nos anima con "yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de mundo" (Mt 28, 20). La fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es el humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios.

- La cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador, corre peligro de olvidar también los valores humanos, siendo un obstáculo para el desarrollo. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionado compromiso por la justicia, por el desarrollo y la tarea constante de un recto ordenamiento de las realidades humanas. Dios nos da fuerzas para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo, nuestra esperanza más grande.

- El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad, "Caritas in Veritate", del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo, sino un don. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y de perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida al prójimo, de justicia y de paz. Todo esto es indispensable para transformar los "corazones de piedra" en "corazones de carne" (Ez 36, 26) y hacer así la vida terrena más "divina" y por tanto más digna del hombre.

PARA EL TRABAJO PERSONAL

ASPECTOS CLAVES DE ESTE TEMA

1. El desarrollo de los pueblos depende, sobre todo, de que se reconozcan como parte de una sola familia, que colabora con verdadera comunión y está integrada por seres que no viven simplemente uno junto a otro.
2. La cooperación para el desarrollo no debe contemplar solamente la dimensión económica; ha de ser una gran ocasión para el encuentro cultural y humano. Para este desarrollo es imprescindible la competencia profesional y la coherencia moral, y la paz entre los pueblos no depende sólo de la técnica, sino de que se fomenten los valores fundamentales en la verdad de la vida y la unión de esfuerzos de todos, buscando el diálogo y el amor mutuo.
3. El ser humano se desarrolla cuando crece espiritualmente. Sin Dios el hombre no sabe dónde ir, ni tampoco logra entender quién es él mismo. La cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador, corre el peligro de olvidar los valores humanos, siendo un obstáculo para el desarrollo.
4. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionado compromiso por la justicia, por el desarrollo y la tarea constante de un recto ordenamiento de las realidades humanas. Dios nos da fuerzas para luchar y sufrir por amor al bien común, porque Él es nuestro Todo, nuestra esperanza más grande.

VER:

1. (Personal) ¿Observas a tu alrededor si las personas son conscientes y sensibles de pertenecer a la familia humana universal, y como tal, sienten, colaboran y se interesan por las personas que más sufren y por los problemas comunes?
2. (Comunitario) ¿Descubres en la Iglesia, por parte de los seglares, un repliegue a cosas intraeclesiales y piadosas, en lugar de ser testigos en sus ambientes y de trabajar por el bien común, por la justicia y los asuntos temporales, para llevar a ellos el Evangelio?

JUZGAR:

1. A la luz de Ex 22, 20-27, que resalta algunos deberes sociales, y de Lc 10, 25-37, en donde Jesús, para enseñarnos el amor al prójimo, pone de relieve el comportamiento de un samaritano, que no pertenecía al pueblo de Dios, en relación a un hombre anónimo maltratado y herido, ¿cómo piensas que debe ser la actitud de todo el que se llame cristiano ante las demás personas, con los más postergados y necesitados, aunque sean extranjeros? ¿Cuáles son tus criterios al respecto?

ACTUAR:

1.
 - a. Comprométete a nivel personal en rectificar o corregir, si es necesario, tu forma de pensar, de sentir y de actuar en relación a tu comportamiento en sociedad, con sus problemas, exigencias, en el trabajo por el bien común, con la solidaridad, en la atención a los más necesitados y extranjeros, etc.
 - b. Igualmente, intenta ayudar a las personas con las que más relación tienes, para sensibilizarles por los deberes comunes que tenemos con la sociedad: ciudadanía, cultura, religión, pobreza, educación, solidaridad, etc., concretando hablar con alguien sobre estos aspectos.
2.
 - a. Reafirma tu vocación de trabajar o colaborar en un movimiento o asociación de la Iglesia propiamente formativo y apostólico, comprometiéndote algo más en las actividades y objetivos que tienen, e intentando hablar en cualquier foro eclesial posible sobre la desproporción que existe en la Iglesia entre grupos apostólicos y grupos de espiritualidad.
 - b. Busca y concreta qué puedes hacer tú en la evangelización, en algún aspecto social y asistencial de tu ambiente, de tu parroquia o diócesis, para hacer cuajar tu fe en obras y, sobre todo, para ejercitarte en la misión específica y propia de los laicos, que es ser "sal, luz y fermento" del Evangelio de Cristo en el mundo en que vivimos.

